

# **CAPITAL** *v* **PROVINCIA:** *UNA DICOTOMÍA QUE CADA VEZ LO ES MENOS...*

Gustavo Ramos

**N**o cabe duda de que el último medio siglo ha modificado profunda y quizá irreversiblemente algunos de los paradigmas que tradicionalmente habían oficiado, con mayor o menor grado de validez, como regentes de la geografía sociopolítica nacional.

Cualquier *mexican@* de alrededor de 35 años de edad sabe que nuestro país está conformado, dice el canon, por 32 entidades federativas, pero en realidad solamente existen dos grandes unidades territoriales: la Capital (el Distrito Federal) y la Provincia (el resto del país).

Resultaría quizá ocioso comentar el natural punto de vista, a medio camino entre la condescendencia y la mamonería abierta, que usualmente sostienen los capitalinos de casi todo el mundo con relación al resto de sus propias naciones (“La Habana es Cuba y lo demás es paisaje”, es un típico dicho de ese país que ilustra claramente lo que se ha dicho) y que, por esa misma razón, es un punto ampliamente conocido.

Más digno de interés me parece el fenómeno que la clonación, consciente o no, del modelo sociourbano capitalino, ha venido produciendo en el resto del país. Este proceso no puede ser atribuido sino a cuestiones





# “ Todos somos un poco chilangos ”

de orden sociocultural y económico pero, por encima de esos factores, es posible percibir/reconocer un patrón finísimo, una tendencia tan sutil como para no reflejar o transparentar ninguna realidad ajena a ella misma o como para convocar atenciones indeseadas.

Un argumento trillado que puede utilizarse para explicar todo el fenómeno es el crecimiento demográfico: las ciudades crecen en población y se amplían en espacio, por tanto se incrementan las necesidades de productos/servicios y se incrementan las dinámicas de producción y distribución asociadas a éstos... en suma, *el crecimiento impone como primera resultante una aceleración en los ritmos de vida* vigentes de las ciudades en crecimiento. Esta aceleración trastoca de manera continua y, al final, permanente, muchos de los usos, tradiciones y valores culturales de la sociedad en que esto ocurre.

Aceptando lo anterior es posible entender, al menos parcialmente, las peculiares metamorfosis que los grandes centros urbanos nacionales han experimentado en las últimas décadas. Donde la comprensión ya no se hace tan clara es en aquellas ciudades que hoy ocupan el rango categórico de “medias” y que, sin ser ni remotamente aspirantes al título de metrópolis, han desarrollado un artificioso estilo urbano que no es sino burda parodia de una realidad tan lejana como ajena.

Así, la geografía nacional ha devenido unitaria, cuasihomogénea, clónica y viral al mismo tiempo, se

**En casi todas las capitales  
estatales, aparecen  
o se crean espacios urbanos  
“a modo/moda” de los estilos  
que en la Gran Capital  
tienen cabida.**



ha desdibujado en una nebulosa ambigüedad donde el “centro” continúa siéndolo pero sólo como mera referencia, pues el medio y la periferia se han mimetizado a tal grado que resultan indiscernibles. De esta forma, en casi todas las capitales estatales, aparecen o se crean espacios urbanos “a modo/moda” de los estilos que en la Gran Capital tienen cabida. El asunto va más allá de un reflejo modal o un simple ajuste en estrategias de mercado, pues aun cuando éstas sean las razones originarias, lo cierto es que la creación (o reconversión a partir de espacios establecidos) de dichos espacios conlleva

la modificación del concepto y de la función para la que originalmente fueron previstos. El resultado (no puede ser de otra forma) es la inevitable adaptación del entorno —población incluida— a la nueva función urbana establecida.

De esta manera, hoy vivimos en un país donde existe un Distrito Federal y 31 distritos federados en los cuales se replican *ad infinitum* los Tepitos, los Paseos de Reforma, los Sullivans, los Malls de lujo oprobioso... Hoy, es posible que aunque nos neguemos a aceptarlo, todos los mexicanos somos un poco chilangos. 

*Centro de Campeche, foto de Delio Carrillo.*

“El resultado (no puede ser de otra forma) es la inevitable adaptación del entorno —población incluida— a la nueva función urbana establecida.”

